

EL MUNDO

Sábado, 3 de julio de 2004. Año XV. Número: 5.320.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El síndrome de los troyanos

JUAN JOSE LUCAS

Cuando Troya sucumbió, pereció con ella un fragmento irrepetible de la Historia de la civilización. Para Eneas, no existía mayor dolor que evocar la caída de su amada ciudad en poder de los aqueos. Los desgarradores versos de Virgilio, cuando el caudillo troyano se dirige a la reina Dido en Cartago, denotan la impotencia que aqueja a quien no sucumbe a su falta de arrojo, o a su ausencia de nobleza, ni siquiera a la superior destreza de su enemigo, sino a su propia insensatez. Porque Troya no cayó como consecuencia de la astucia de los griegos a través del caballo ideado por Ulises, sino por culpa de la ingenuidad de los propios troyanos.

Cuando, en presencia del caballo preñado de guerreros, Laocoonte, como buen troyano, sentencia su desconfianza con su célebre Timeo «danaos et dona ferentis» («no me fío de los griegos aun cuando traigan regalos»), se dicta también la primera de las grandes leyes de la acción política: si los más funestos defectos que aquejan a los servidores públicos son la vanidad y la irresponsabilidad, los peores enemigos del político son la indolencia y el exceso de confianza.

El reciente estreno de Troya, de Wolfgang Petersen, ha conseguido evocar mucho más que nuestras lecturas infantiles. Porque contemplar al poco creíble Aquiles, «el de los pies ligeros», que interpreta Brad Pitt, al mucho más convincente Héctor, «domador de caballos», que incorpora Eric Bana, y al sublime Príamo Dardánida, el hombre que decía lo que, en su pecho, le dictaba el corazón, que regala el gran Peter O'Toole, y con ellos a todos los héroes de la niñez, nos conduce directamente a nuestra contemporaneidad más rigurosa. En eso consisten los clásicos: en la permanente vigencia, en su perenne actualidad.

El Partido Popular acaba de obtener un excelente resultado en las recientes elecciones europeas del pasado 13 de junio de 2004. Superar el 41% de los

votos emitidos, en una nación vieja y sabia como España, representa disfrutar de un auténtico respaldo popular. Sin duda que contábamos con un gran candidato, Jaime Mayor, que ha realizado una campaña decidida y firme, una campaña en positivo, dotada de propuestas, y comprometida con el bien común de España y de Europa.

Pero esto no es más que el principio. En el Enrique V de William Shakespeare, en plena batalla de Agincourt, con Inglaterra y Francia disputándose la hegemonía continental sobre un barrizal normando, en 1415, el rey Harry les dice a sus guerreros: «Hemos peleado bien, mis valientes amigos, pero todavía quedan franceses en el campo». Después, el esfuerzo se corona con una histórica victoria. Los grandes protagonistas de la Historia, en efecto, no acostumbraban a dejar las cosas a medio hacer.

Y, tras unas elecciones en las que el Partido Popular ha explicado su proyecto a los ciudadanos y ha obtenido un buen resultado, nunca alcanzado por la primera fuerza de la oposición en unas elecciones de rango nacional, resulta políticamente explicable y, sobre todo, humanamente legítimo, que nos detengamos en la satisfacción del trabajo bien hecho, de la conciencia tranquila, de la misión cumplida. Es explicable y legítimo, pero no debemos caer en el síndrome de los troyanos, porque no es el estilo de las mujeres y de los hombres de nuestro partido.

Porque el síndrome de Troya no se origina en las huestes de Agamenón y su astuto regalo. No es el problema el caballo de Ulises, sino la candidez de quien imagina que su presencia imponente en las playas equivale a una segura victoria. En plena contienda un ejército no puede dormir la siesta, como hacía el ejército mexicano de Santa Ana en 1836 en su guerra con los tejanos de Sam Houston, que a pesar de su reducido número cruzaron el río San Jacinto y derrotaron a un contingente 10 veces superior. O considerar sus defensas inexpugnables, como los ingleses de John Cope en el pantano de Prestonpans frente a los highlanders escoceses en 1745. En la Historia y en la política, no pierde siempre el menos capaz, o el menos diestro, o el menos dotado, sino el más confiado.

Pero, como decía Hesíodo en Los trabajos y los días, nosotros sabemos que «vivimos siempre ocupados y morimos sobre la labor». Las mujeres y los hombres que nos dedicamos a lo público creemos firmemente en el esfuerzo y en la exigencia. Compartimos la más sublime de las ambiciones, que es la ambición del bien común, de dotar a nuestro país, a cada una de sus nacionalidades y regiones, de los umbrales de bienestar, de recta y honesta administración y de eficacia, que los gobiernos populares han evidenciado en municipios, comunidades autónomas y en la nación a lo largo de los pasados

años. Y no podemos instalarnos en la autocomplacencia, sino en el inconformismo.

Nos aguarda un Congreso nacional, y después elecciones autonómicas en dos comunidades tan queridas y tan importantes como el País Vasco y Galicia. Es la permanente fiesta de la democracia, el mudar, pero el «mudar constante», que era como el Fausto de Goethe definía a la propia vida.

Es el combate incesante que de nuevo nos transporta al campamento de las huestes del «rey de hombres», Agamenón, y del pélida Aquiles, y a las murallas troyanas.

En La muerte de Virgilio, de Hermann Broch, se describen los últimos días en la vida del gran escritor romano y su infructuoso combate con Octavio Augusto para conseguir destruir la Eneida. Mantiene Virgilio en la novela que su obra es «indigna, sin verdad, nada más que bella». En la vida y en la política, sin embargo, importa mucho la dignidad, importa menos la belleza, pero sobre todo importa la autenticidad, es decir, la verdad. Tal vez convenga recordar esta idea cuando el próximo día 6 de julio se inician los trabajos de la Comisión de investigación del 11-M.

La victoria a la que aspira siempre el servidor público cuando se presenta a las elecciones pretende ser, en efecto, una victoria llena de belleza, de dignidad y, sobre todo, de verdad, de autenticidad. Porque ésa es la victoria de las ideas, la victoria del afán de servicio y, en definitiva, la victoria de la ciudadanía.

Creo firmemente que en este momento, no hay caballo de Troya que valga, ni delante ni dentro de nosotros. No vale esperar, temer o desear, como los profetas. No vale salir a empatar, como la selección española contra Portugal. Sólo vale ganar. Y ganar para hacer una sociedad mejor. Ganar sabiendo que es España la que gana con nosotros. Decía Héctor que «no hay que dejar escapar la ocasión». Ése, y no su talante ingenuo, debe ser el mejor legado de los troyanos.

Juan José Lucas es senador del PP.